

zona el IRYDA, dicen, y se permitiera a los colonos organizarse libremente, para que éstos vivieran mejor. ■ PEDRO COSTA MORATA.

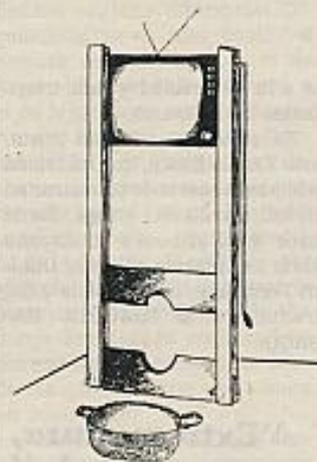
Espiar a todas horas

"Vio que el control de los pasos era la clave".
(W. H. AUDEN)

Tiene razón Pastor Petit cuando dice que nuestra civilización ha venido atribuyendo al espía solamente un valor de signo destructivo, lo cual, desde luego, no

que tantas victorias dio a Francia, pero no tuvo inconveniente en otorgar títulos de nobleza a Fouché o a los asesinos del duque de Enghien.

La institucionalización del espionaje organizado, como medio de actuación política normal de todos los Gobiernos del mundo que pueden costearlo, es una prueba del triunfo del maquiavélismo y de la bancarrota moral en las relaciones políticas internacionales. Se calculan en 700.000 el número de personas que, de un modo u otro, realizan actividades relacionadas con el



ve el oficio de informar por medios ilegales, la causa principal del irresistible atractivo que para grandes masas de lectores de todo el mundo contemporáneo tiene la novela de espías.

Este género literario (forjado por el talento de Somerset Maugham, Conrad, Graham Greene, John Le Carré y Eric Ambler, entre otros) es un lógico reflejo de la tensión político-militar almacenada en el siglo XX, siglo, por lo demás, cuyo porvenir, en estos momentos, sigue siendo sombrío. El espionaje constituye un elemento fundamental del equilibrio disuasorio o equilibrio del terror, verdadera atmósfera política al día, y nada tiene de extraño que surgiera en Inglaterra, en el cenit de su poderío imperial.

Una acertada selección de la literatura de espionaje ha aparecido recientemente. Agrupa a los

iniciadores de la época dorada y romántica del espionaje-ficción: William Le Queux, John Buchan, E. Phillips Oppenheim, Fenimore Cooper, S. Maugham, Kipling, Maurice Paleologue..., encajados en una curiosa serie de apartados ("Azores de la profesión", "Delicias de la profesión", "Adehalas profesionales", "Ardides del oficio"...). Su título: "El libro de cabecera del espía", no trasluce fielmente el contenido, puesto que en realidad es un libro-resumen de la historia del género, aunque se olvida de incluir a maestros actuales de la talla de Le Carré, Len Deighton o John Bingham.

Con todo, y en suma, se trata de una buena gula para el aficionado a un tipo de narraciones que, además de entretener, aportan en muchas ocasiones claves para la interpretación de nuestro supercontrolado y espionado mundo. ■ FERNANDO MARTINEZ LAINEZ.

CINE

Las falsas reposiciones

La importación de una película tiene un tiempo límite, al final del cual se prohíbe su explota-



Somerset Maugham.

es verdad. El mismo acuerdo SALT no habría podido ser firmado sin contar con la eficaz actuación de los servicios de inteligencia (ingenioso título con el que los anglosajones bautizaron al ejército de los espías).

No han sido los espías (las manos sucias), sino los gobernantes y los científicos (las manos blancas), los encargados de inventar y decidir la utilización de los medios de destrucción masivos que han causado millones de muertos y pueden suprimir la vida de la faz del planeta Tierra, y, sin embargo, estos últimos son admirados y considerados. Nada de eso ha ocurrido con el espía. Napoleón se negó a condecorar al maestro de espías Schulmeister,

El libro de cabecera del espía. Graham Greene y otros. Pocket Edhasa. Barcelona, 1975.

espionaje, y, naturalmente, en esta cifra entra de todo: desde el soplón de poca monta, capaz de vender a su madre por unos duros, hasta el avezado idealista que comprende cuál es su papel y lo cumple a la perfección. Para muchos, todo el juego se reduce a una manera como otra cualquiera de ganarse la vida, mientras que para otros es una forma de alcanzar la gloria. Tal fauna, tan variopinta y unipersonal, hace casi imposible catalogar las especies de espías. El filósofo chino Sun-Tse lo intentó hace veinticinco siglos y las redujo a cinco (los espías locales, los internos, los convertidos, los inutilizados y los supervivientes), pero tales categorías son simple anécdota hoy. Quizá sea la descripción de la inmensa jungla psicológica y humana, en la que se desenvuel-



"Grupo salvaje", de Peckinpah, los mismos cortes de antes.

ción comercial. Si un distribuidor pretende seguir comercializando esa película, debe recomenzar el proceso de importación, pagar los cánones debidos, emitir nuevas copias y reiniciar el doblaje. Sin embargo, a lo que se ve, la picaresca hace mella desde años en este proceso y mucho antes que el primer período de explotación caduque, los distribuidores vuelven a sacar al mercado las viejas copias de la película y las relanzan como "auténticos estrenos". El precio de la entrada no varía por ello, el público pica con facilidad y se hace así un fácil aunque deshonesto negocio.

Y cuando la segunda importación es auténtica, se consigue no volver a doblar la película, y así los cortes que sufrió hace años vuelven a existir, esta vez no por decisión de los censores de turno, sino por la habilidad comercial de los distribuidores. Todo lo contrario, por ejemplo, de lo que ocurrió el pasado domingo en TVE, donde la proyección de "El jardín de las delicias", de Carlos Saura, permitió a los españoles ver por primera vez la versión íntegra de la película (aunque una de las secuencias cortadas perdiera definitivamente la banda sonora). Nada de eso ocurre con, por ejemplo, "Grupo salvaje", de Sam Peckinpah, a la que siguen faltando todos los minutos que se cortaron en su momento, lo que no impide que en el relanzamiento estas películas se anuncien en su "versión íntegra".

¿No hay una ley que determine cuándo y cómo puede reponearse una película? ¿Se puede engañar a los espectadores sin que éstos tengan derecho a reclamar con toda justicia? ¿No se ha previsto aún la Asociación de Espectadores o algo similar para poder acabar con los abusos de este tipo? El cine está dejando de ser un espectáculo barato, hace mucho que las salas dejaron de ser cómodas y prácticamente nunca los proyeccionistas han respetado la integridad de las películas. Si a todo eso se añade la mentira de la publicidad y las trampas legales de las reposiciones, poco va a quedar decente y válidos. ■ DIEGO GALAN.

ADIOS A LAS LETRAS

Juan Cueto

ESTABA yo en el trópico, y en esto que siempre hay una ola que te envuelve, te saca de tus casillas, te llama hacia ella: eres, al fin, el hijo putativo de la ola; la ola es la madre putativa de la ola.

Me lanzo al vacío: la ola es el trampolín del vacío, aquel lugar del mundo en el que tú duermes sobresaltado, relacionando tu cuerpo con el hueco que hay más allá de lo que sobresale de tu frente. Al final del hueco, el vacío, el suicidio que buscas, al término de tan enorme precipicio encuentras una idea.

El error de los filósofos es creer que las ideas se hallan en el despacho; las oficinas son los economatos de las ideas. Los futbolistas tienen idéntica fijación: creen que es en el estadio donde pueden disparar a gol con más acierto. Al contrario, es en el sueño donde pueden dar en la diana sin tanto trauma. El sueño ha de ser reivindicado como campo de juego de los futbolistas.

Juan Cueto saltó ante mí, en esa ola, como una idea preconcebida. Las ideas relativas a los filósofos son ideas preconcebidas. Yo jamás tendría una idea acerca de Sartre que fuera un pensamiento posconcebido. ¿Cómo puede pensar uno a partir de lo que pueda pensar alguien? El pensamiento siempre es primigenio. Lo que han hecho los filósofos es acabar con el pensamiento. Por eso San Pedro murió tan dulcemente.

La ola llevaba a Cueto como en volandas. El cruzó ante mí, sin atreverse a abrir la boca, herido mar de un ser que pasa ante ti, a la búsqueda de un mar que le vaya mejor, motorista de la ida, eterno, vóltul, fugaz pensador de los montes astures.

No esperaba encontrármelo allí, despavorido, desnudo, como los hijos de la mar. Yo sabía que le gustaba el ajedrez, que disfrutaba con tremendo disparate, pero jamás pude sugerirme que ese mismo era el personaje que practicaba el surf con una moto por encima del agua.

Las tropicales me pinchaban, querían que yo me dirigiera a él, que buscara de su bigote una sonrisa, una palabra que le sacara del atolladero, aquella seriedad de hombre de las nieves que se le mete entre ceja y ceja, uno de los bigotudos más

ilustres del reino. Pero no viene, sigue en la cresta de esa ola, en un agua cenagosa, de la que él sabe que no va a salir jamás esa tarde, mirando a lo lejos, como si esperara encontrar, en la luz que hay al final del Caribe, la respuesta a sus ojos de araña inconfundible, el silencioso más hablador del planeta haciendo cabriolas fantásticas a bordo de un objeto incandescente robado al Skylab.

Los burgaleses que asistieron al reciente con-



Juan Cueto Alas.

greso de las industrias culturales, se preguntaron que a dónde habría acudido tremendo personaje, que no había estado en el lugar del delito, mientras ellos escuchaban las doctas conferencias de los congéneres de este trabajo.

Desde el trópico, adonde fue invitado por el festival de cine sentimental que yo organizo cada año en casa, Juan Cueto pasaba conmigo los mejores momentos del inicio del surf, aquel episodio trascendental en el que Humphrey Bogart inició el cambio de rumbo del deporte citado, significando, en público, estas palabras: "¿De todo los bares del mundo ella tenía que acabar en el mío?". Juan Cueto abandonó la plataforma del surf, me miró ladeado, como en un suspiro, y se puso a contar granos de arena. "Trece mil dos -dijo, como Mingote-. Esto es la paz". Cuando terminó de contar granos -36.002- era de noche y se volvió a Gijón. ■ SILVESTRE CODAC.

"Viaje a la gran Tartaria"

En un mundo de locos donde un asesino vestido de "cow-boy" dispara contra los transeúntes, una madre obliga a su hija a ir siempre con careta, un marido entra en su casa a punta de hacha, el mar está lleno de sucio

petróleo, los coches son incendiados los sábados por la noche, los psiquiatras atormentan a sus hijas, se aborcha a la gente sin que se sepa por qué, se retransmiten en directo los últimos fusilamientos de cualquier guerra actual, es decir, en un mundo totalmente cotidiano donde nadie es feliz ni pretende serlo, Jean-Charles Tachella ha situado su primer largometraje que, como indica su tí-

tulo, es un largo viaje por nuestro entorno; el intento de dos personajes por sustraerse de la estupidez reinante y acercarse consciente y voluntariamente a la muerte. Pero ni eso les será posible y acabarán de nuevo sepultados en la mediocridad general, sin esperanzas ni alegrías.

Tachella posee un excelente sentido del humor, aunque en ocasiones sea éste muy obvio y